



Teatro Nueva y poderosa voz del teatro catalán, Jordi Casanovas ha inaugurado temporada con 'La ruína' en La Villarroel y se prepara para el estreno de sus nuevas obras, textos siempre cargados de esperanza

Elogio de la catástrofe

DAVID BARBA

Decía Turguenev que todas las oraciones podrían resumirse en una sola: "Dios mío, haz que dos más dos no sean cuatro". En estos días de crac financiero, no resulta difícil imaginarse a legiones de especuladores rezando por la abolición de las matemáticas: *d'on no n'hi ha, no en raja*. En fin, que dos más dos siguen siendo cuatro, por mucho que se empeñe el positivismo neoliberal en que el dios del dinero se reproduce como en la multiplicación de los panes y los peces: hoy, es más esotérico el capitalismo que las caras de Bélmez.

Por eso, al dramaturgo y director de escena Jordi Casanovas (Vilafranca del Penedès, 1978) no se le caen los anillos al introducir ele-

mentos paranormales en sus obras. Los justos para crear situaciones donde deja claro que, en realidad, lo misterioso es la vida. Entre Iker Jiménez y el crédito bancario, nos hemos olvidado de la magia sencilla de la trigonometría, de la buena vida simple donde "valores como el éxito, el poder y el prestigio ocupen un lugar menos neurotizante". Y, para volver a un necesario y urgente recuerdo del *self* que nos devuelva el sentido (común), sólo necesitamos "recuperar otros valores que se les opongan". Veamos cuáles, según Casanovas:

"Cuando hablamos de valores, parece que estemos hablando de religión. La realidad es mucho más sencilla: para hacer nuestro teatro, no hemos tenido que cambiar ni

una coma, no hemos sacrificado nada ni a nadie con tal de llegar a públicos más grandes. Para mí, eso es ser personas honorables". ¡Toma ya! ¿Un joven dramaturgo catalán hablando de honor? ¿Quién es este joven visionario de Vilafranca del Penedès que dice sentirse más cercano a David Foster Wallace que a Josep Pla? "Es siniestro que un hombre se dedique toda la vida a denunciar que las cosas no van bien y un buen día se ahorque", asegura este amante de Spike Jonze, Michel Gondry, Paul Thomas Anderson y M. Night Shyamalan, con quienes comparte las ganas de hacer el gamberro. Tiene su gracia profética que, con *La ruína*, Jordi Casanovas se haya adelantado varios meses al estallido de la peor

crisis financiera desde la Gran Depresión. "Me interesa saber por qué se llega al nihilismo del suicidio". Lo dice un dramaturgo que se confiesa muy alejado de cualquier tentación pesimista sobre la naturaleza humana. Con su trayectoria profesional, no es para menos.

Hace apenas tres años, Casanovas estrenaba *Neoburning Generation* en el teatro Can Bolet de Vilafranca, protagonizada por la recepcionista de una empresa de vuelos baratos que pasa las horas escuchando recitales de poesía en un bar junto al Macba. Tres años después, anda ultimando los detalles de *Lena Woyzeck*, que estrenará en el festival Temporada Alta: en esta adaptación libre de la obra de Georg Buchner, Woyzeck es cajera



Jordi Casanovas
La ruína

LA VILLARROEL
BARCELONA

Hasta el 19 de octubre, www.lavillarroel.cat. En el festival Temporada Alta de Girona también se verá 'La ruína' (24 de octubre) y el estreno de su última obra, 'Lena Woyzeck' (11 y 12 de noviembre). www.temporada-alta.cat

A la izquierda, una escena de 'La ruína'. Abajo, Jordi Casanovas y un momento de su anterior obra 'City / Simcity'

FOTOS MARÇAL FONT /
LIBERT TEIXIDÓ / ARCHIVO





de un fast-food. Su compañero, Marc, trata de salir de la precariedad como cobaya humano para la industria farmacéutica. En todos los casos, se nos habla de jóvenes con miedo a la naturaleza humana, a rebelarse, a la soledad.

Hay algo de *MacGuffin* en los escenarios apocalípticos que plantea el autor —*Aquesta tampoc serà la fi del món, City/Simcity...*—. En *La ruïna*, nos sitúa en una sociedad que, de la noche a la mañana, se encuentra con los bancos cerrados y las cuentas corrientes secuestradas. Ya no es posible retirar efectivo del cajero y, entre disturbios callejeros y multinacionales en llamas, los personajes tratan de comprender las leyes mistericas, herméticas, por las que se rige un sistema financiero que mueve dinero que no existe. “Me parece positivo que aparezca un personaje como Enric Duran, *el Robin de los bancos*, que ha suscitado una serie de preguntas interesantes para la gente. Genera cierto sentido común. Desvela la posibilidad de que el sistema que tenemos se haya agotado”.

Lo realmente provocador de Casanovas es que se atreve a vislum-

Casanovas comparte con Michel Gondry, M. Night Shyamalan o Spike Jonze las ganas de hacer el gamberro

brar esperanza mediante la propuesta de una especie de voto de sobriedad en sus personajes, que descubren algo parecido a la felicidad cuando asumen que nuestro Matrix financiero se viene abajo. “En mis textos hay milenarismo, pero la lectura es finalmente positiva. Huyo del nihilismo. Me interesa proyectar lo nuevo. El aquí y ahora es muy difícil de descifrar. Es más fácil plantear un texto en el pasado, pero a mí me atrae el ahora mismo. ¿Qué ocurre con el idealismo de la gente? No sé dónde estamos, no sé adónde vamos... Y quiero averiguarlo”.

La ruïna es una comedia sinistra que utiliza la macroeconomía como material de chiste y las operaciones bursátiles como excusa para hablar de la condición humana. En EE.UU. se le tiene bastante manía a ese dichoso concepto que es la *separatividad*: mucha gente se hace boy scout o miembro de la parroquia para sentirse socialmente mejor comunicada. Pero la hipercomunicación no es más que el nuevo rostro de la incomunicación. “Veo a muchos jóvenes en una lucha sorda por salir a flote, por llegar al otro. En la era de internet, la gente anuncia en Facebook su último lío... Ya no hay incomunicación. Ahora lo que hay es falta de diálogo. Y, si no hay diálogo, no hay evolución del pensamiento”.

En su teatro, marcado por la música y los videojuegos, Casanovas

habla especialmente de nuestra crisis de sentido. Y lo hace a través de quienes mejor conoce: los jóvenes de su edad, que se debaten entre la imposibilidad por cumplir sus sueños y el obligado pragmatismo de las facturas y el alquiler. “Cada vez tenemos más cosas. Así que la crisis se ve como una amenaza terrible. Ante el miedo a perder algo tan frágil como el estatus —un estatus miserable—, la gente pierde el honor. Antes, cuando había crisis, también existía la sensación de que tarde o temprano acabaría. Pero ahora, hay miedo a perder el trabajo porque se tiene la sensación de que no habrá otro. Se nos repite que hay mil candidatos a ocupar nuestro lugar, y eso nos paraliza”.

En este trayecto que lleva hasta *Lena Woyzeck*, Jordi Casanovas se ha consagrado como la voz más sólida de la última hornada del teatro catalán, con jóvenes dramaturgos como Josep Maria Miró o Cristina Clemente. Hay, en esos nuevos autores, una coincidencia en temas y procedimientos: se prefiere el microcosmos de, por ejemplo, un apartamento de estudiantes como metáfora del mundo, se buscan las historias pequeñas que esconden fragmentos de la totalidad. Se trabaja en grupo y se hace un teatro nacido de la total complicidad entre el dramaturgo y los actores. Es el caso de *Flyhard*, la compañía de Casanovas. Son unas bases excelentes para la renovación de la escena catalana: “A nivel europeo, el catalán es un caso muy excepcional. En Alemania alucinan con la cantidad de textos que enviamos a su famosa feria de teatro. Quizás estamos creando un estilo Barcelona”.

Entre los muchos aspectos que llaman la atención del teatro de Casanovas, está el de su aparente similitud con el de los argentinos Spregelburd, Tantanian o Daulte. Existe otro *MacGuffin* en sus textos, especialmente relacionado con Daulte: el gusto por lo paranormal. Pero, de nuevo, estos elementos *poltergeist* sólo son excusas para anclarnos más a la realidad, para dejarnos entrever lo poco realista que es la ecuación de trabajo y consumo en que basamos nuestras vidas. Pues, como ya hizo con la trilogía *Hardcore videogames* (Premi Serra d'Or), *La ruïna* nos devuelve al motivo central del teatro de Casanovas: el desenmascaramiento del autoengaño social para recuperar una cierta posibilidad de esperanza. Al final del sistema en que vivimos no necesariamente está esperándonos Mad Max, sino el redescubrimiento de cierta sobriedad humanista. Conviene no perder de vista a este agitador: su teatro consigue la secreta alquimia de divertir e inquietar a partes iguales. El 30 de enero estrenará *La revolució* en la Villarroel. Quién sabe si, para entonces, permanecerán operativos los cajeros, pero, en cualquier escenario posible, Casanovas será siempre una catarsis. |